


EL MIEDO: LA MÁS POLÍTICA DE LAS PASIONES

ARGENTINA Y MÉXICO, SIGLOS XVIII-XX



Fausta Gantús
Gabriela Rodríguez Rial
Alicia Salmerón
coordinadoras

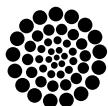
historia
política

EL MIEDO: LA MÁS POLÍTICA DE LAS PASIONES

ARGENTINA Y MÉXICO, SIGLOS XVIII-XX

Fausta Gantús
Gabriela Rodríguez Rial
Alicia Salmerón
coordinadoras

historia
política



CONACYT
Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología


ANIVERSARIO


Instituto
Mora



CIP. INSTITUTO MORA. BIBLIOTECA ERNESTO DE LA TORRE VILLAR

NOMBRES: Gantús Inurreta, Fausta | Rodríguez Rial, Gabriela | Salmerón, Alicia

TÍTULO: El miedo : la más política de las pasiones : Argentina y México, siglos XVIII-XX / Fausta Gantús, Gabriela Rodríguez Rial y Alicia Salmerón (coordinadoras).

DESCRIPCIÓN: Primera edición | Ciudad de México : Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora : Universidad Autónoma de Zacatecas, 2021 | Serie: Colección Historia política

PALABRAS CLAVE: | Caricaturas | México | Argentina | Miedo | Violencia política | Control social | Emociones | Coerción | Política y gobierno | Movimientos políticos | Cultura política | Nueva España | Siglos XVIII y XIX | Siglos XIX y XX |

CLASIFICACIÓN: DEWEY 303.33 MIE.1 | LC HM661 M5

Imagen de portada: “De regadera”, *Casera*, 29 de junio de 1879.

Primera edición, 2022 (PDF)

Primera edición, 2021 (Rústica)

D. R. © Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora
Calle Plaza Valentín Gómez Farías 12, San Juan Mixcoac,
C. P. 03730, Ciudad de México.
Conozca nuestro catálogo en <www.mora.edu.mx>.

ISBN: 978-607-8793-55-6 (PDF)

ISBN: 978-607-8793-29-7 (Rústica)

D. R. © Universidad Autónoma de Zacatecas
“Francisco García Salinas”
Torre de Rectoría 3er piso, Campus UAZ
Siglo XXI, Carretera Zacatecas-Guadalajara
km. 6, Col. Ejido La Escondida
C. P. 98000, Zacatecas, Zac.
programaeditorialuaz@uaz.edu.mx

ISBN: 978-607-555-118-0 (PDF)

ISBN: 978-607-555-104-3 (Rústica)

Impreso en México
Printed in Mexico

ÍNDICE

Introducción <i>Alicia Salmerón</i>	7
Temor, miedo y terror en el ejercicio del poder en Nueva España <i>Matilde Souto Mantecón</i>	19
“Los temores de la conciencia”. El juramento a la Constitución de la república mexicana de 1857 <i>Mariana Tórán</i>	49
Entre el miedo a la barbarie y el amor al ciudadano por venir. Representaciones del vínculo entre las elites y el pueblo en las intervenciones periodísticas del joven Domingo Faustino Sarmiento (1841-1845) <i>Gabriela Rodríguez Rial</i>	75
Incertidumbre, miedos y acción política. Buenos Aires, 1890 <i>María José Navajas e Inés Rojkind</i>	105
De la timidez al desbordamiento: la caricatura intimidatoria como estrategia política. O de cómo Zapata se convirtió en la encarnación del mal y Madero en su cómplice. Ciudad de México, 1909-1913 <i>Fausta Gantús</i>	145

Miedos íntimos y miedos públicos: entre ingenios sitiados
y amenazas de desabastecimiento. Tucumán durante
el primer peronismo

Florencia Gutiérrez

183

Sobre las autoras

207

ENTRE EL MIEDO A LA BARBARIE Y EL AMOR AL
CIUDADANO POR VENIR. REPRESENTACIONES
DEL VÍNCULO ENTRE LAS ELITES Y EL PUEBLO EN
LAS INTERVENCIONES PERIODÍSTICAS DEL JOVEN
DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO (1841-1845)

Gabriela Rodríguez Rial

I. UNA MIRADA HOBBSIANA DE LOS MIEDOS Y OTRAS
PASIONES POLÍTICAS DE DOMINGO F. SARMIENTO

Lo que los hombres desean se dice también que lo aman, y que odian aquellas cosas por las cuales tienen aversión. Así que deseo y amor son la misma cosa, sólo que con el deseo siempre significamos la ausencia del objeto, y con el amor, por lo común, la presencia del mismo; así también, con la aversión significamos la ausencia, y con el odio la presencia del objeto.

Hobbes, *Leviatán*, [1651] 1992, p. 41.

En el capítulo vi de su libro *Leviatán* (1651), Thomas Hobbes (1588-1679) ofrece una tipología de las pasiones muy completa.¹ Para Hobbes, no hay una clara distinción entre emoción, afecto y pasión: todas ellas tienen un origen biológico. Por ello, las sienten por igual todos los miembros del reino animal. Sensuales o de la mente, simples o complejas, las pasiones se sienten en el cuerpo y, en el caso de los seres humanos, también son producto de la imaginación. Las pasiones motivan acciones voluntarias y suelen estar precedidas de deliberación.² La conceptualización de las pasiones de Hobbes es un buen comienzo para indagar hasta qué punto emociones como el amor, el odio

¹ La concepción hobbesiana de las emociones se desarrolla también en otros textos como *Los elementos del derecho natural y político* (*The elements of law natural and politic*, 1640), el *Tratado sobre el cuerpo* (*De corpore*, 1655) y el *Tratado sobre el hombre* (*De homine*, 1658). Pero el núcleo doctrinal se sintetiza bien en este capítulo de su obra más conocida: *Leviatán o la materia y forma de una república eclesiástica y civil*, 1651.

² Hobbes, *Leviatán*, [1651] 1992, p. 36.

y el miedo tienen impacto en la representación del pueblo como actor político en la escritura periodística de Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), cuando era un joven publicista radicado en Chile, en la década de 1840.

La hipótesis argumental que estructura este capítulo es que, para el joven Sarmiento, el miedo es una pasión político-literaria y que la doctrina hobbesiana de los afectos resulta hermenéuticamente útil para su comprensión. Se trata de una pasión literaria, porque el miedo a la *barbarie* es aquello que atrae y repele un escritor identificado con la estética romántica. Pero el miedo no es puramente una obsesión estética, sino también un problema político. Sarmiento odia al rosismo no sólo literariamente. Desde su lectura, el gobierno de Juan Manuel de Rosas en la provincia de Buenos Aires y su control de la Confederación Argentina se basa en un terror sistematizado, concentrado verticalmente en el jefe político, pero articulado en una red de dominación que incluye otros actores sociales que lo apoyan por convicción o conveniencia y a víctimas que no quieren ser revictimizadas. Entonces, la necesidad de comprender cómo opera el miedo como emoción política se justifica, por un lado, en la necesidad de combatir a un sistema político que se rechaza y, por el otro, en el compromiso de ofrecer un régimen político alternativo, como el gobierno representativo, que si bien no prescinde del miedo, lo modera a través de la ley.

A lo largo de su vida, Sarmiento fue de todo, pero el oficio que más tiempo ejerció fue el de periodista.³ Su relevancia y el carácter polémico de su figura en la historia política y cultural argentina magnifican cualquier afirmación o toma de posición suya. Sin embargo, cuando se publican por primera vez los textos que se comentan en este capítulo, Sarmiento no es el “gran Sarmiento”. Es un hombre de casi treinta años, proveniente de una provincia o estado periférico del centro-oeste argentino (San Juan), que se ha exiliado en Chile por sus diferencias políticas con el gobernador provincial, Nazario Benavídez, aliado del gobernador de la provincia de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, quien es la máxima autoridad fáctica de la Argentina entre 1835 y 1852.⁴

³ Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888) fue presidente de la Argentina (1868-1874), diputado, senador, soldado, director general de escuelas y maestro. Si bien Sarmiento a lo largo de su vida afirmó y reafirmó su identidad como educador, el oficio que más ejerció fue el de publicista. Desde 1839, cuando funda en su San Juan natal, provincia situada en el oeste de la república Argentina, el periódico *El Zonda*, hasta cuando se transforma en editor de *El Censor* de Buenos Aires en 1885, Sarmiento participa en más de quince empresas periodísticas ya sea como colaborador, redactor, editor y hasta como socio fundador. Hay muchos abordajes biográficos sobre Sarmiento, pero se pueden destacar por su amplitud tres trabajos clásicos: Verdeboye, *Domingo Faustino*, 1963; Posse, *Sarmiento. Constructor*, 1976, y Bunkley, *The life of Sarmiento*, 1969.

⁴ Entre 1820 y 1850 la Argentina estuvo dividida en dos agrupamientos políticos: unitarios y federales. Teóricamente los primeros eran partidarios del centralismo y los segundos de la autonomía de las provincias o estados. Sin embargo, Juan Manuel de Rosas (1793-1877), un gobernador que formaba parte de la liga federal, fue un defensor de la hegemonía de la provincia de Buenos Aires sobre el resto

Luego de haberse desempeñado como minero y mientras intentaba forjar una carrera como educador, el joven Sarmiento incursiona en el periodismo, una actividad que ya había desarrollado en su provincia natal. Con la publicación de una descripción suya de la batalla de Chacabuco,⁵ el 12 de febrero de 1841 entra en la gran prensa chilena y empieza a publicar con regularidad en *El Mercurio de Valparaíso*, uno de los diarios más importantes de la época por su cantidad de lectores. Sarmiento no era parte de las elites económicas, políticas y sociales chilenas. Era un empleado de la prensa. Por eso perdió su trabajo cuando *El Progreso*, diario en el que escribía, fue comprado por una facción opositora a sus amigos políticos chilenos.⁶ Era extranjero, por lo cual sus opiniones sobre la política chilena eran tomadas con desconfianza. Era autodidacta, porque no tenía un título oficial que legitimara lo que decía saber. Era argentino y soberbio, dos adjetivos que varios publicistas chilenos de ese tiempo llegaron a considerar sinónimos. Y en su país, que no existía aun como unidad política consolidada, también era rechazado.

Sarmiento era consciente de que, a pesar de ser un articulista rentable por las polémicas que generaban sus intervenciones, su posición era vulnerable. Para él era importante poder controlar una empresa editorial en su totalidad. Así no estaría expuesto a la volatilidad personal y política de los propietarios del medio. Por ello, el 8 de junio de 1841 Sarmiento revela a su

del país. No es posible explicar en una nota la complejidad del sistema político rosista. Rosas ya había sido gobernador de Buenos Aires entre 1828 y 1832, pero en su segundo mandato (1835-1852) no sólo asume más poderes a nivel local, sino que se ve beneficiado por el desmantelamiento de la liga unitaria liderada por José María Paz (1891-1854) y por la muerte de Juan Facundo Quiroga (1793-1835). Este último, si bien pertenecía a la facción federal, se oponía al gobernador bonaerense porque quería acelerar la convocatoria a un Congreso Nacional Constituyente. El gobernador de la provincia de Buenos Aires, en virtud de lo dispuesto por el pacto federal (4 de enero de 1831), ejercía la representación exterior de la Confederación Argentina. Para un análisis del funcionamiento institucional y las tradiciones político-ideológicas que impactan en el rosismo, véase Ternavasio, *Historia de la Argentina*, 2009, pp. 175-240; Agüero, “Republicanismo, antigua”, 2018, y Chiaramonte, “Facultades extraordinarias”, 2018.

⁵ El 12 de febrero de 1817 el Ejército de los Andes, liderado por el general José de San Martín, obtiene un triunfo clave para la independencia de Chile y la emancipación sudamericana frente a las tropas realistas.

⁶ Sarmiento era amigo personal del Manuel Montt, político conservador que fue presidente de Chile entre 1851 y 1861. En el siglo XIX la política chilena se divide en dos facciones o partidos: liberales (“pipiolos”) y conservadores (“pelucones”). La lealtad a Montt le trajo beneficios a Sarmiento: dirigir diarios, como *El Nacional*, creados para apoyar una candidatura determinada —la de Manuel Bulnes Prieto en 1841— o conseguir financiamiento para realizar un viaje educativo entre 1845 y 1849. Pero la fidelidad al amigo también causa problemas al joven periodista. Después de su viaje por Europa, África y Estados Unidos, Sarmiento no vuelve a publicar en *El Progreso*, porque este diario había sido comprado en 1849 por la familia Vial. Manuel Camilo Vial fue miembro del gabinete de Bulnes como Montt, y al salir del gobierno lidera una facción dentro del partido conservador que apoya una candidatura presidencial liberal en 1851. Una completa descripción de la prensa chilena de la década de 1840, el marco regulatorio de la actividad y la influencia de los partidos políticos y los gobiernos en el periodismo se pueden ver en Jaksic, “Sarmiento y la prensa”, 1991-1992.

amigo y coterráneo, Manuel Quiroga Rosas,⁷ su deseo de comprar *El Mercurio*, diario en el que escribió hasta noviembre de 1842:

Yo no le he escrito hasta ahora con la frecuencia que quisiera, porque el correo se va y yo estoy ocupado siempre. Qué quiere usted, encargado de la redacción de un periódico y de un diario, no tengo lugar para rascarme. Mi carrera es un poco azarosa [*sic*]: soy el objeto del odio de unos, de los celos de otros, de la aprobación de muchos y de la amistad de algunos. *El Mercurio* me ha merecido una gran reputación entre las gentes ilustradas; los periódicos de la oposición me han prodigado altos elogios por los principios que desenvuelvo, y algunos y muy marcados insultos por las tiradas que de cuando en cuando les hago. El caso es que en medio de estos embates me labro una reputación, de que podría aprovecharme para hacerme una fortuna. Pasadas las elecciones, pienso entrar en trato de la imprenta *El Mercurio*, o cuando menos asociarme de algún modo a la empresa.⁸

Entre 1840 y 1845 Sarmiento no es una figura política relevante: es su participación en la prensa chilena la que legitima su palabra pública.⁹ Por lo tanto, Sarmiento necesita a la prensa y se sirve de ella, pero el ser publicista le produce las mismas pasiones ambivalentes con las que va a analizar a la sociedad de su tiempo: odio, amor y miedo. Su mirada resulta especialmente interesante por su carácter descentrado: Sarmiento observa a casi todos desde afuera, porque no pertenece del todo a ningún lugar.

El amor y el odio, como se afirma en el epígrafe de Hobbes, son interdependientes y producen efectos políticos por sí mismos; pero, sobre todo, a través de la más política de las pasiones hobbesianas: el miedo. Hobbes lo define como “la aversión con la idea de sufrir un daño” a futuro.¹⁰ Así pues, si el miedo es una forma de odio o aversión, la esperanza, que siempre se asocia dia-

⁷ Manuel Quiroga Rosas (también “Quiroga de la Rosa”), como Sarmiento, fue miembro de la Generación de 1837 y organizador de la filial sanjuanina de la Asociación de Mayo en 1838. La Generación de 1837, un grupo de intelectuales y políticos que pretendía superar la antinomia entre unitarios y federales y lograr la unidad nacional a través de una constitución. Al principio, algunos de sus miembros trataron de ganar la simpatía de Rosas, aunque este no fue el caso de Sarmiento. Entre 1839 y 1852 la mayoría de los miembros de la Generación de 1837 se exilió y se alió con los opositores al régimen rosista dentro y fuera del actual territorio argentino. Sobre este grupo existe una bibliografía muy amplia y diversa. Nos limitamos a citar tres textos clásicos de referencia sobre el tema: Katra, *The Argentine Generation*, 1996; Weinberg, *El salón literario*, 1977, y Gutiérrez, “Noticias biográficas”, 1940.

⁸ Sarmiento a Quiroga Rosas, 8 de julio de 1841, en Jaksic, “Sarmiento y la prensa”, 1991-1992, pp. 132-133.

⁹ Esta es la tesis de Fausta Gantús y Alicia Salmerón, para quienes la prensa es un actor político por sí mismo, que aunque se le impongan los intereses de los partidos, asume “personalidad y fines propios”. Gantús y Salmerón, “Introducción”, 2014, p. 17.

¹⁰ Hobbes, *Leviatán*, [1651] 1992, p. 44.

lécticamente con él, es una forma de amor o deseo respecto de algo que no se tiene, pero que se busca alcanzar.¹¹ Las pasiones hobbesianas, simples como el amor o el odio, o complejas como el miedo, varían según el objeto respecto del cual se experimentan. En este contexto se pueden identificar tipos específicos de miedos, como la superstición, o sea el miedo a los seres imaginarios falsos, y la religión, que es el temor a los seres imaginarios verdaderos. Hobbes distingue, a su vez, entre miedo y terror. El miedo tiene una temporalidad específica, distinta del odio y del amor, que se dan en el presente: se teme a un mal futuro. Para Hobbes, en virtud de nuestras experiencias pasadas podemos saber la causa de lo que tememos: a los otros seres humanos en el estado de naturaleza, al soberano en el orden civil, a Dios en la anarquía de las guerras de religión. Por ello, el miedo no impide la acción sino que es el motor de ella.¹² Quien siente terror, por su parte, desconoce las causas de lo que lo aterroriza. Por ello se paraliza ante fuerzas naturales que no puede ni comprender ni controlar.¹³

Todas las emociones hobbesianas son politizables. El amor, el odio, hasta la alegría, la esperanza y la indignación pueden ser usados políticamente, pero el miedo tiene una naturaleza más eminentemente política que cualquiera de ellas. Al fin y al cabo, es el miedo mutuo y no la buena voluntad lo que llevó a los hombres a formar “sociedades grandes y duraderas”.¹⁴

También hay una dimensión subjetiva de las pasiones en general y del miedo en particular que se manifiesta en dos planos: el corporal y el lingüístico.¹⁵ Las pasiones se sienten en el cuerpo que se transforma cuando las experimenta, y se expresan a través de la palabra con tiempos y modos verbales específicos (el subjuntivo y el desiderativo) y con recursos retóricos y enunciativos que dan cuenta de la posición de quien habla o escribe sobre ellas.

Toda la vida de Hobbes estuvo signada por el miedo. Como él mismo afirma en su poema autobiográfico escrito el año de su muerte: “El miedo y yo somos gemelos”.¹⁶ La comparación tiene como referencia el haber nacido

¹¹ *Ibid.*

¹² Para Frost uno de los rasgos distintivos que tiene el miedo hobbesiano es su temporalidad futuro-pasada: “[e]l miedo, entonces, implica un movimiento figurativo de retroceso desde el presente hacia un pasado recordado y luego desde el pasado hacia un futuro anticipado”. Este movimiento temporal recursivo del miedo es importante puesto que refunda el campo causal y establece así la posibilidad de la agencia del sujeto. Gracias al miedo, nuestra experiencia pasada nos sirve para entender o prevenir el futuro, y en ese sentido, nos parece menos incierto. Por ello, el soberano al que todos y todas tienen miedo no solamente es una figura representativa del poder dominante, si no aquel que permite a los individuos creer que pueden intervenir en el curso de acción de las cosas del mundo. Frost, “El miedo y la ilusión”, 2016, p. 190.

¹³ Blits, “Hobbesian Fear”, 1989, pp. 420-426.

¹⁴ Hobbes, *De cive. El ciudadano*, 1993, p. 17.

¹⁵ Hobbes, *Leviatán*, [1651] 1992, pp. 41, 49.

¹⁶ Hobbes, “Malmesburiensis vita”, 1966, p. LXXXVI.

mientras Inglaterra estaba bajo la amenaza de la invasión de la “Armada Invencible” española. Incluso en un texto juvenil, como su traducción de *La Guerra del Peloponeso de Tucídides* de 1627, Hobbes utiliza el verbo *ave* en la frase “pero ni el miedo a los dioses ni el respeto de las leyes humanas *atemorizaba* a ningún hombre”, cuando en el original griego se utilizaba *apergein* que significa contener.¹⁷ A pesar de la importancia que tiene la vanidad, el miedo es la pasión política hobbesiana más potente, dado que tiene efectos directos en la decisión racional de los seres humanos de abandonar el estado naturaleza y conformar un orden político artificial que termine con la guerra de todos contra todos. En este contexto, es lícito preguntarse si para Hobbes existen diferentes formas de experimentar las pasiones, incluido el miedo, de acuerdo con otras cualidades (la inteligencia, por ejemplo) y hasta qué punto esas virtudes se asocian siempre a las elites.¹⁸ De hecho, este problema político hobbesiano se relaciona con la diferenciación que establece Delumeau entre los miedos de la mayoría y los miedos de las clases dirigentes, o lo que Robin denomina naturaleza “vertical” del miedo.¹⁹ La distinción entre dominantes y dominados impacta fuerte en la representación del pueblo, o mejor dicho, de lo popular, que tiene Sarmiento, y en los tipos de miedos que cada grupo social genera o experimenta. Esa diferencia también afecta la viabilidad o no del gobierno representativo en el contexto político sudamericano a mediados del siglo XIX.²⁰

En el constructo filosófico hobbesiano, la paz civil y la legitimidad del orden político dependen de la reducción del hombre al cuerpo y de la experiencia sensorial a la imaginación. La psicología hobbesiana reduce el hombre al cuerpo y es el fundamento de su teoría política.²¹ El carácter universal del materialismo hobbesiano permite que su léxico político, por más que esté anclado en el contexto intelectual específico de la filosofía política del siglo XVII, opere como una semántica conceptual con la que se puede analizar el uso de las emociones en discursos políticos de otros tiempos y espacios.

¹⁷ La cursiva se utiliza para identificar el verbo al que Ginzburg refiere y juzga modificado en su sentido para la traducción hobbesiana. Ginzburg, “Miedo, reverencia”, 2015, p. 37.

¹⁸ Hilb y Sirczuk, *Gloria, miedo y vanidad*, 2007, pp. 31-38.

¹⁹ Delumeau, *El miedo en occidente*, 1978; Boucheron y Robin, *El miedo. Historia*, 2016, p. 39.

²⁰ Para un completo recorrido por la historia de las repúblicas americanas de la primera mitad del siglo XIX, véase Sabato, *Republics of the new world*, 2018. Si bien el énfasis está puesto en las experiencias políticas, también se señalan algunos elementos ideológicos distintivos del republicanismo y cómo fueron adoptados y adaptados en América Hispánica. El texto pone en evidencia un tema clave para la historiografía política dedicada al estudio de los primeros años del siglo XIX en América Latina: la república se impuso, pero se dudaba de su estabilidad y no se descartaban otros regímenes políticos, como la monarquía constitucional, que también eran compatibles con el sistema representativo. Este último, también denominado gobierno representativo, es una forma política donde el gobierno de las minorías está legitimado en el voto, a través del cual los gobernados prestan su consentimiento.

²¹ Blits, “Hobbesian Fear”, 1989, p. 427.

En la siguiente sección se presenta el análisis que realiza Sarmiento en sus intervenciones periodísticas del periodo de los tipos sociales sudamericanos con las pasiones y temores que los caracterizan (II). Enseguida abordamos las representaciones del miedo y el terror, con énfasis en el vínculo entre los líderes populares o caudillos y sus subordinados, a partir de los ejemplos de Juan Facundo Quiroga y Juan Manuel de Rosas (III). Pero el miedo no basta para sostener la legitimidad política de un régimen; sobre todo si se transforma en terror-pánico, porque su proximidad con el odio lo hace peligroso para la estabilidad de un orden político. Este problema, la relación del miedo con la legitimidad de un régimen político representativo, fundando en el consenso del pueblo, pero donde las minorías gobiernan, es tratado en las conclusiones donde también se sintetizan los núcleos argumentales del capítulo (IV).

En los apartados siguientes se prioriza como *corpus* aquellos textos producidos y publicados por Sarmiento en la prensa chilena entre 1841 y fines de 1845. A partir de un relevamiento cronológico y una clasificación temática de los artículos, se realizó una primera selección. En un segundo momento, se seleccionó una muestra de 350 textos (sobre un universo de 729) donde aparecen las pasiones, especialmente el amor, el odio y el miedo y/o tienen como tema las representaciones del pueblo y su relación con los líderes. Ciertamente el análisis semántico-conceptual que aquí se presenta no abarca la totalidad del material seleccionado, sino que priorizamos aquellos textos y fragmentos donde se evidencia con más claridad la relevancia heurística de la hermenéutica hobbesiana de las pasiones en las representaciones del miedo, a partir de su relación conceptual con el odio y el amor y su impacto en el proyecto político del joven Sarmiento: legitimar el gobierno representativo en Sudamérica.

II. PASIONES Y TEMORES DE LOS TIPOS SOCIALES SUDAMERICANOS

Domingo Faustino Sarmiento recurre a la prensa como parte de una estrategia política que va a ser consistente a lo largo de toda su vida: educar al ciudadano de la nación cívica por venir. El problema es que, si bien va a ser muy escuchado, al menos si se toman como referencia los ejemplares vendidos por las publicaciones en las que participaba, no se siente del todo comprendido.²²

²² Si se contrasta la cantidad de lectores que tenían las publicaciones donde Sarmiento intervenía, en particular *El Mercurio* y *El Progreso*, con otras como *El Valdiviano Federal*, con el cual solía polemizar, que no producían más de 30 copias, no parece haber sido tan ignorado por el público. Tampoco lo fue por los otros publicistas: *El Desemascarado* fue una publicación creada exclusivamente para desacreditar a Sarmiento y tuvo un solo número. Jaksic, "Sarmiento y la prensa", 1991-1992, pp. 122, 130.

Los otros periodistas lo hostilizan y critican, sus empleadores lo utilizan, pero no lo reconocen, y los lectores no lo leen, o no lo leen de la manera en que él desearía que lo hicieran. Tampoco se siente del todo satisfecho consigo mismo. Esta lucha con las pasiones propias y ajenas impacta en el cuerpo y el temperamento del joven periodista, quien se describe sin contemplaciones en un fragmento de su artículo “Diálogo entre el editor y el redactor”, publicado en *El Mercurio* el 27 de junio de 1842:

Era un joven de apariencia desapasible [*sic*], una de tantas fisonomías mal bosquejadas, que rara vez atraen las miradas de las bellas; que llevan sello de reprobación para el mundo de los placeres; y que fuerzan a los que la llevan a reconcentrarse en sí mismos, a estudiar la sociedad, a observar y pensar. Por lo demás, facciones raras, ceño a punto de fruncirse a la más leve impresión, frente desigual y prematuramente surcada de arrugas, más bien que rasgos de la edad, estragos de los combates del corazón, del espíritu, y de las pasiones acaso. [...] –Pero amigo, [el editor le contesta al joven en un diálogo de varias líneas que comienza después de la descripción del redactor] le repuso el otro que se había parado para oír a su interlocutor– permítame que se lo diga, es usted un poco bilioso para escribir y después se toma las cosas tan a pecho, usa usted tanta franqueza en emitir sus pensamientos. Es preciso andarse con tiento, y no contrariar a nadie.²³

En este autorretrato de Sarmiento, la pasión es una emoción que deja huellas en el cuerpo. Si bien en este diálogo ficticio o recreado, la pasión no se asocia a lo irracional, sí pareciera que puede nublar el juicio del redactor, quien resulta poco prudente según las apreciaciones críticas de su editor. Sin embargo, en el intercambio con su jefe, el joven periodista se revela como un apasionado hobbesiano que hace su voluntad sin renunciar a su emotividad. “¿Sabe Ud.,” escribe, “todo lo que hay de amargo en encontrarse solo en la tierra, sin antecedentes, sin porvenir, en medio de una sociedad que lo rechaza de todas partes; [...] ¿sabe usted lo que es verse hecho el blanco de calumnias que no atacan los escritos sino la moralidad privada del escritor?”²⁴ La escritura en la prensa periódica es para Sarmiento la profesión de los vanidosos sin principios, pero también es el único medio para hacerse escuchar entre sus contemporáneos. Su acalorada manera de llevar a cabo su misión produce el insulto de los malvados y la indiferencia de quienes deberían mostrarse tan siquiera motivados por su prédica. Por estos motivos, el joven periodista se siente al margen de sus contemporáneos.

²³ Sarmiento, *Artículos críticos*, 2001, t. I, pp. 233-234.

²⁴ *Ibid.*, p. 235.

Sarmiento no se limitó a describir cómo las pasiones afectaban su cuerpo, su temperamento, que todavía en el siglo XIX se asociaba a humores reconocibles en las características físicas de una persona, y su trabajo como periodista. Se sirvió del léxico de las pasiones para describir a la sociedad de su tiempo, poniendo especial énfasis en los caracteres más representativos de una forma de vida y un territorio, como los gauchos argentinos, los mineros chilenos, los habitantes de las ciudades en proceso de modernización, como la ciudad de Santiago, la aristocracia colonial, la cual empieza a decaer con las guerras de independencia, y las masas populares activadas militarmente por esas mismas guerras. Estos tipos sociales deberán ser moldeados para transformarse en los actores políticos necesarios para legitimar al gobierno representativo que Sarmiento consideraba el régimen político adecuado para su tiempo.²⁵ Si la relación dialéctica entre odio y amor y sus respectivos vínculos semántico-conceptuales con el miedo son clave en la hermenéutica hobbesiana de las pasiones políticas, la mutua dependencia entre las elites y el pueblo es fundamental en la política a partir de los siglos XVII y XVIII, cuando la legitimidad de los gobernantes comienza a fundamentarse en el consentimiento de los gobernados.²⁶ Por ello, vale la pena detenerse en las pasiones que motivan a estos actores sociales y cómo operan políticamente el odio, el amor y el miedo en su relación.

El pueblo al que Sarmiento se refiere es identificado con diferentes imágenes o figuras representativas. Una de ellas, muy recurrente en sus artículos sobre el papel de la prensa en la sociedad que le era contemporánea, es el pueblo-público. Este último debería ejercer su libertad de participar en la vida política como los ciudadanos de las comunidades políticas antiguas, pero con los medios que ofrece la sociedad contemporánea: “El diario es para los pueblos modernos, lo que era el foro para los romanos”, afirma el publicista en un artículo titulado “El diarismo” del 15 de mayo de 1841.²⁷ El público del diario, cuyo origen se remonta a las ciudades-estado italianas del siglo XVI,²⁸ debería ser por definición lector, pero se resiste y no compra ni lee lo que se le ofrece.

²⁵ En una polémica que Sarmiento tuvo con *El Siglo* sobre su conocimiento o no de la Constitución de los Estados Unidos reflejada en una saga de artículos publicados en *El Progreso* entre fines de enero y mediados de febrero de 1845, nuestro autor afirma que el gobierno representativo puede adoptar la forma republicana o monárquica. E incluso el joven periodista distingue el funcionamiento de un presidencialismo republicano del de una monarquía constitucional parlamentaria, a partir del papel que en ambos sistemas políticos ocupa el gabinete. Y, si bien Sarmiento pondera a los ejecutivos fuertes, sentencia: si los legislativos no funcionan se abre la puerta al despotismo. Véase Sarmiento, *Instituciones sudamericanas*, 2001, t. IX, pp. 78, 92, 96.

²⁶ El gobierno representativo es un régimen político que surge en el siglo XVIII, y cuya legitimidad depende del consentimiento popular. Pero, en el régimen representativo el gobierno no es ejercido de forma directa por la ciudadanía, sino por sus representantes. Véase Manin, *Los principios del gobierno*, 2006.

²⁷ Sarmiento, *Artículos críticos*, 2001, t. I, p. 40.

²⁸ *Ibid.*, p. 41.

Si los periodistas, equivocados o no, son apasionados en sus polémicas, la emoción que caracteriza a su público es la indiferencia o el desapego:

La falta de lectores es a nuestro juicio lo que hace tan precaria la existencia y duración de las publicaciones periódicas [...] Nuestros males no tienen su origen fuera de nosotros mismos; y si nuestra prensa periódica no tiene la importancia y extensión que corresponde a un pueblo culto, si sus publicaciones no salen del rol que ellas tienen en los pueblos más secundarios, no lo achaquemos a causas extrañas a nuestra propia incuria y abandono. Los diarios podrían organizarse bajo un pie más extenso, sus artículos redactarse por plumas más hábiles, sus noticias y parte literaria extenderse a una escala más vasta, si el limitado número de suscriptores no hiciera ruinoso toda tentativa de mejora.²⁹

La excepción a la regla la constituyen aquellos que, además de ser lectores de la prensa, la producen y que tienen el poco ilustrado hábito de abuchear a quien escribe de manera mucho más vehemente que lo que puede hacerlo una audiencia teatral: “un diario es un teatro en cuya platea todos tienen el derecho de silbar al protagonista; con la diferencia de que en los teatros comunes silba el público, y aquí insulta el primero a quien se le ocurre hacerlo; allá se contentan con silbar, aquí le escupen en la cara en presencia de un pueblo entero. En el teatro se reciben aplausos que compensan, en el diario nunca se ve una palabra de aprobación”.³⁰

Este mismo pueblo en su versión de público lector es quien debiera llenar los teatros de Santiago y Valparaíso, obligar a las autoridades a mantener las salas existentes y a abrir nuevas, y buscar en esta forma de arte gozo y cultura.³¹ Sin embargo, la expectativa pedagógica de Sarmiento tampoco se cumple en este caso. A pesar de que entre 1841 y 1845 el publicista argentino escribe 45 críticas a obras de teatro, el arte dramático en Chile de la década de 1840 sigue en la búsqueda de un público. Llamativamente, una de las pocas críticas teatrales donde Sarmiento se detiene más en la audiencia que en los actores es cuando narra qué sucede con los “salvajes” de Tierra de Fuego que asisten a un espectáculo operístico en París tras haber sido llevados a Europa.³²

²⁹ Domingo Sarmiento, “Sobre la lectura de periódicos”, *El Mercurio*, 4 de julio de 1841, en Sarmiento, *Artículos críticos*, 2001, t. II, pp. 55, 57.

³⁰ Domingo Sarmiento, “Diálogo entre el editor y el redactor”, *El Mercurio*, 27 de julio de 1842, en Sarmiento, *Artículos críticos*, 2001, t. I, pp. 233-234.

³¹ Domingo Sarmiento, “El teatro como elemento de cultura”, *El Mercurio*, 20 de junio de 1842, en Sarmiento, *Artículos críticos*, 2001, t. I, pp. 195-196.

³² Se trata de los cuatro fueguinos bautizados capturados por Robert Fritz-Roy.

¡Cuántos pensamientos habrían asaltado a aquellas dignidades patagónicas, si en Patagonia se usara pensar como aquí! Pero allá como aquí se siente, y muestras claras daban nuestros salvajes de experimentar sensaciones. Por ejemplo, uno de ellos sintió que el asiento era muy duro, por lo que se levantó, dio espalda al proscenio, miró la silla, y convencido de que la cosa no tenía compostura, volvió a sentarse; ejemplo de cordura que hasta los salvajes nos dan y que no sabemos aprovechar.³³

Sarmiento se sirve de la ironía para colocar a los pueblos originarios de América en una situación de racionalidad inferior, pero no los considera materia no civilizable. Justamente aquello que los hace moldeables a la acción educadora de las élites culturales es la capacidad de experimentar sensaciones nobles, como por ejemplo, la conmoción frente a una manifestación artística.³⁴

Muchos artículos de Sarmiento se refieren a la política chilena, a la lucha partidaria o facciosa, a las elecciones e, incluso, a debates parlamentarios puntuales. Pero pocas veces habla de los electores como personajes principales. De hecho, tres artículos publicados en *El Nacional* entre el 25 y el 29 de mayo de 1842 que incluyen en su título la palabra “elector” refieren a una publicación periódica que llevaba ese nombre. Sin embargo, en un artículo que lleva por título “Milicia y política”, publicado en *El Progreso* el 2 de abril de 1845, aparece con claridad su postura respecto del sufragio:

¿Se dejarán las milicias tales como están hoy, pero sin consentirles que tengan voto, esto es, que se ligen de ningún modo a la organización de la sociedad? [...] Somos iguales, somos democráticos y republicanos, pero os dejaréis gobernar por nosotros que sabemos lo que hacemos, y vosotros no sabéis lo que hacéis; llevad las armas para que nosotros durmamos tranquilos, [...] vosotros que no tenéis propiedades, para que nosotros acrezcamos las que tenemos.³⁵

³³ Domingo Sarmiento, “Los señores salvajes en la ópera”, *El Progreso*, 30 de agosto de 1846, en Sarmiento, *Artículos críticos*, 2001, t. II, pp. 235-236.

³⁴ *Ibid.*, p. 236. No es asunto de este texto abordar la postura de Sarmiento respecto de los habitantes originarios de América y sus herederos mestizos, sobre lo que mucho se ha escrito. Llama la atención que un tema al que la crítica especializada sobre Sarmiento dio tanta centralidad sólo se trate en el *corpus* de artículos periodísticos publicados entre 1841 y 1845 en tres ocasiones: en el artículo citado y dos intervenciones más sobre un libro de José Victorino Lastarria Santander, un político liberal chileno, muy cercano a Sarmiento. Para una síntesis sobre el tema, véase Villavicencio, *Sarmiento y la nación cívica*, 2008, pp. 175-197.

³⁵ Domingo Sarmiento, “Milicia y política”, *El Progreso*, 2 de abril de 1845, en Sarmiento, *Instituciones sudamericanas*, 2001, t. IX, pp. 135-136.

Así pues, Sarmiento critica con ironía a las clases ilustradas chilenas (representadas por los publicistas de *El Republicano*) que pretenden que el “pueblo o proletariado” que no tiene propiedades sea excluido del derecho a voto, pero engrose las filas de los ejércitos que los “jóvenes de frac” se niegan a integrar.³⁶ Sarmiento reconoce que los sectores populares, a pesar de algunas de sus costumbres bárbaras, son activos políticamente, mientras que los ilustrados y ricos quieren excluirlos de la política formal, pero son apáticos, tanto en este plano como a la hora de defender la libertad política con las armas, obligación que la república impone a sus ciudadanos. En síntesis, uno de los impedimentos principales del gobierno representativo republicano en América del Sur es que el ciudadano elector, civilizado y razonable, no vota. A veces porque no puede (no lo dejan, como a los emigrados argentinos) y otras, porque no quiere, como la elite social chilena en los años 1840-1850 y los inmigrantes en la Argentina de la década de 1880. Estos últimos prefieren mantener su nacionalidad de origen y no adoptar la del país de acogida, por lo que no pueden ejercer sus derechos políticos. Esta apatía cívica del ciudadano deseado por la república por venir obsesionará a Sarmiento durante toda su vida.

Para Sarmiento “[e]n los costados de la Alameda central y en los lugares por donde pasaba la concurrencia que vuelve de Pampilla, es donde se ve verdaderamente al pueblo chileno”.³⁷ Las fiestas del 18 de septiembre en Santiago,³⁸ que conmemoran la independencia de Chile, son la ocasión de ver al pueblo regocijarse y accionar y podrían ser el momento de educarlos también. Ese pueblo que circula de un lado a otro como un torbellino no permite distinguir claramente el origen social de sus miembros, pero claramente no son quienes participan de los debates parlamentarios o las tertulias que anteceden a una salida a la ópera. Esa misma confusión e indistinción, que es un rasgo que caracteriza a la democracia moderna como estado social, se pudo observar en el mercado. Así lo describe el redactor de *El Mercurio* en uno de sus mejores artículos de costumbre, “La venta de zapatos”, publicado en *El Mercurio* el 21 de abril de 1841:

La democracia está, ¿sabe dónde? ¡En la venta de zapatos! ¡Qué no hallara usted un sábado por la noche en la plaza de Santiago, en el extremo más apartado de la Cárcel, el Gobierno y las Cajas, que son para aquélla el mundo, el demonio y la carne, de que huye como de sus tres capitales enemigos!

Allí es donde la democracia se ostenta, a la luz de mil antorchas, activa y orgullosa. ¡Qué estrépito! ¡Qué movimiento!, ¡Qué confusión! Allí la igualdad

³⁶ *Ibid.*, pp. 134-137.

³⁷ Sarmiento, *Artículos críticos*, 2001, t. I, p. 258.

³⁸ El artículo de *El Mercurio* del 25 de septiembre de 1842 al que nos estamos refiriendo lleva ese título.

no es una quimera, ni la libertad un nombre vano. Nada de fracs, nada de nobles, ni patronos, ni coches, ni lacayos con galones y penachos, ni clases, ni distinciones, ni calabazas. Igualdad, comercio, industria, todo es una sola cosa, un ser homogéneo, una síntesis; en fin la república llena de vida y animación, el pueblo soberano, el pueblo rey.³⁹

En este texto, Sarmiento adopta una posición enunciativa interesante, no habitual en otros de sus escritos. Si bien el narrador se mantiene distante de la escena que narra, por motivos socioculturales, hay un intento de aproximación donde ni el odio ni el temor nublan la imagen presentada. Esta misma actitud descriptiva y no despreciativa puede observarse en la presentación de algunos de los tipos sociales característicos de la campaña (o mejor dicho la zona rural) chilena, como el minero o el catador, que preceden y, en cierto sentido, inspiran a los ejemplos representativos de la sociabilidad popular argentina que aparecen en el *Facundo*, su escrito más célebre: el rastreador, el baqueano, el cantor y el gaucho malo.⁴⁰ Los mineros, a los que Sarmiento conoce bien por su propia experiencia personal, carecen de sentido de la propiedad, pero son leales: ahí reside su singular virtud. Su inmoralidad radica en que se dejan llevar por sus pasiones, “agriadas por la dureza de la vida que llevan, del embrutecimiento de un trabajo penoso [...] y del cinismo que engendra el aislamiento”.⁴¹ La falta de disciplina que prima en un campamento minero, totalmente distinto a uno militar, permite afirmar que “un asiento minero es una verdadera democracia, en que el mayor número puede hacerse respetar de los pocos, que no ejercen en él influencia alguna”.⁴² En el artículo “Los mineros”, publicado en *El Nacional* el 14 de abril de 1841, Sarmiento concluye que la responsabilidad de este modo de vida hostil a la civilización no es de quienes lo padecen, sino de las elites cultivadas que se niegan a cumplir su misión casi evangélica de moralizarlos.⁴³ El catador, como el contrabandista de la cordillera, el cangallero, o el minero, es una originalidad americana, o más precisamente chilena, pero comparte rasgos comunes con el baqueano argentino. Don Diego de Atacama, viejo y célebre catador, conoce palmo a palmo la montaña con un saber práctico que admiraría el mejor formado naturalista. Es un geólogo práctico y un arquitecto involuntario de caminos.⁴⁴ Por ello, en

³⁹ Domingo Sarmiento, “La venta de zapatos”, *El Mercurio*, 21 de abril de 1841, en Sarmiento, *Artículos críticos*, 2001, t. I, p. 35.

⁴⁰ Sarmiento, *Facundo-Aldao-El Chacho*, 2001, t. VII, p. 49.

⁴¹ Domingo Sarmiento, “Los mineros”, *El Nacional*, 14 de abril de 1841, en Sarmiento, *Artículos críticos*, 2001, t. I, p. 32.

⁴² *Ibid.*, p. 32.

⁴³ *Ibid.*, p. 33.

⁴⁴ Sarmiento, *Artículos críticos*, 2001, t. II, pp. 211-213.

“Cateo en el desierto de Atacama”, publicado entre el 1 y 3 de julio de 1845 en *El Progreso*, Sarmiento define al viejo habitante del desierto como un carácter excepcional al que su comunidad no le ha sacado debido provecho.

Los sectores populares no son intrínsecamente malos y hasta los caracteres más rudos pueden albergar instintos nobles que pueden tener efectos sociales positivos si se hace de ellos un buen uso. El problema es cuando las pasiones del bajo pueblo en la ciudad o en el campo se tornan desenfrenadas porque no se les ofrece un modo civilizado de diversión. En lugar de juegos olímpicos o festivales de poesía, se les ofrecen carnavales o festividades navideñas en Santiago, que lejos de fomentar la religiosidad popular, provocan desenfreno.⁴⁵ Entonces, el pueblo se transforma en montonera o multitud violenta: “Luego que concluí mis contemplaciones puse rumbo al puente donde creía encontrar una concurrencia no tan riesgosa como la de la Alameda; pero al dar vuelta a la esquina encontré el carretón del Panteón en viaje. Un terror pánico se apoderó de mi corazón, y se me erizaron los cabellos al considerar cuántos desgraciados habían pagado tributo a la muerte antes de la Nochebuena...”⁴⁶

Este pasaje de un artículo titulado “Fiestas de Nochebuena”, publicado en *El Mercurio* el 26 de diciembre de 1841, es una de las pocas menciones al miedo en los textos periodísticos de Sarmiento publicados antes de mayo de 1845, cuando aparece *Facundo* en formato de folletín en *El Progreso*, donde esta pasión no aparece asociada a la política argentina y al sistema rosista. Y remite, por un lado, al miedo ante el riesgo que introducen las masas en la vía pública y, por el otro, al pánico a la muerte, que es lo que suele aterrorizar a falta de déspotas.

Las clases sociales acomodadas del Chile de la década de 1840 suelen ser representadas como frívolas: niñas que asisten a bailes, tés o escriben cartas; jóvenes que buscan seducir a estas niñas de su círculo en este mismo tipo de eventos y por los mismos medios. Todo pareciera transcurrir de modo monótono, y parecen bastante indiferentes a todo y todos. La excepción serían dos representantes de la mujer como motor de la ilustración familiar y social, las amigas Rosa y Emilia, quienes en sus cartas buscan transformar las diversiones mundanas como los bailes en algo más educativo y disfrutaban de la buena música y el teatro.⁴⁷ Pero algunos eventos traumáticos despiertan a las elites sociales de su letargo. Por ejemplo, un “enterrado vivo” cuya aparición aterroriza a las señoras o el asesinato de un joven de buena cuna en manos de un padre ultrajado porque quiso seducir a su hija con malas armas, es decir, haciéndose pasar por una amiga en sus epístolas. Este hecho se relata en un artículo titulado “La

⁴⁵ *Ibid.*, t. I, pp. 114-116, 243-247.

⁴⁶ Domingo Sarmiento, “Fiestas de Nochebuena”, *El Mercurio*, 26 de diciembre de 1841, en *ibid.*, p. 115.

⁴⁷ *Ibid.*, pp. 111-113, 257-260, y Sarmiento, *Artículos críticos*, 2001, t. II, pp. 27-41, 177.

causa de Peña y su hija”, publicado en *El Progreso* el 25 de agosto de 1845, donde se cuenta el drama de una niña hermosa, un padre y un funcionario público millonario y solterón, tres actores entre los que mediaban “afecciones y odios”.⁴⁸

Las elites políticas, al menos en los textos publicados en la prensa entre 1841 y 1846, tienen dos rostros: los políticos profesionales (electos o no, como los oficiales del ejército y en menor medida los burócratas municipales) y los publicistas. Sin embargo, muchas veces, como en la persona del propio Sarmiento, estos dos papeles se superponen. Los periodistas, como ya se dijo, son apasionados y se vanaglorian, pero les falta espíritu público constructivo.⁴⁹ Y los políticos, aunque en el caso de Chile hayan sabido construir un gobierno fuerte pero no tiránico,⁵⁰ tampoco cumplieron del todo con su tarea: han olvidado que la civilización del pueblo es un requisito necesario de la dominación legítima.

¿Qué sienten los políticos por su pueblo? Amor no, al menos en lo que respecta a su preocupación por brindarles medios sanos para gozar en lugar de reprimir violentamente sus vicios:

En vano la policía ha de gritar al proletario, no bebáis, [...]; en vano se dirá a los hombres de todas las clases, no malbaratéis en el juego el pana, la fortuna de vuestros hijos; ¡en vano! El hombre necesita gozar de la existencia, escaparse un momento de la insipidez de la vida ordinaria; necesita exaltarse, padecer a trueque de gozar. El proletariado se emborracha y saborea la felicidad de un momento y el proletariado y el hacendado juegan y gozan en la fiebre y los escalofríos de los diversos azares de la suerte.⁵¹

En este marco, en “El teatro como elemento de cultura”, publicado en *El Mercurio* el 20 de Junio de 1842 (de donde también fue extraído el fragmento citado previamente), Sarmiento califica a las autoridades municipales de Val-

⁴⁸ Domingo Sarmiento, “La causa de Peña y su hija”, *El Progreso*, 25 de agosto de 1845, en Sarmiento, *Artículos críticos*, 2001, t. II, pp. 232. Este artículo le sirve a Sarmiento para explicar los vaivenes de la opinión pública. Esta primero apoyó al padre ultrajado (Peña) y justificó el asesinato de Cifuentes, quien fingió llamarse Julia Pérez para entrar en confianza con Carmen Peña y enamorarla. Pero después cambió su percepción de Peña y pasó a considerarlo un frío asesino cuya única motivación era robar a la víctima, a causa de acciones sospechosas en su pasado.

⁴⁹ Los malos periodistas o difamadores a sueldo se caracterizan por el hecho que su cuerpo se ve afectado por el odio, su boca se contrae, los ojos le brillan, y la noche anterior a escribir la infamia, levantan fiebre y no pueden dormir. Así los describe Sarmiento en “Literatura Negra”, *El Progreso*, 8 de agosto de 1845, pensando en su histórico antagonista, Joaquín Vallejo (1811-1858), conocido como Jotabeche, editor del periódico *La Guerra a la Tiranía*. Sarmiento, *Artículos críticos*, 2001, t. II, pp. 229-230.

⁵⁰ Domingo Sarmiento, “Gobiernos fuertes”, *El Mercurio*, 17 de noviembre de 1841, en Sarmiento, *Instituciones sudamericanas*, 2001, t. IX, p. 35.

⁵¹ Sarmiento, *Artículos críticos*, 2001, t. I, p. 196.

paraíso como “municipales sin corazón y sin entrañas; hombres sin amor por el pueblo, sin conciencia de sus deberes”.⁵²

Así pues, el vínculo entre estas elites políticas y sociales y las clases populares oscila entre la mutua indiferencia y el odio cuando alguna amenaza el modo de vida de la otra, sensación que experimenta la parte civilizada de la sociedad respecto de los que aún están en estado salvaje. Así lo que afirma Sarmiento en su reseña de la memoria histórica que J. V. Lastarria presentó en la Universidad de Chile bajo el título “Investigaciones sobre el Sistema colonial de los españoles”, publicada en *El Progreso* el 27 de septiembre de 1844: “No es nuestro ánimo abogar por las inútiles crueldades cometidas con los indios, pero no podemos menos que reconocer en los pueblos civilizados cierto odio y desprecio por los salvajes que los hace crueles sin escrúpulo...”⁵³

III. EL FACUNDO Y OTROS DEMONIOS: ENTRE LA ATRACCIÓN Y EL TERROR

“Entonces supe lo que era tener miedo; decía el general don Juan Facundo Quiroga, contando a un grupo de oficiales este suceso.”

Sarmiento, *Facundo-Aldao-El Chacho*, 2001, t. VII, p. 68.

Contrariamente a las elites políticas que aparecieron hasta ahora, los caudillos no miran con desdén a los sectores populares y son capaces de disfrutar los mismos placeres, bárbaros y amorales, que ellos. El fraile Félix Aldao gozaba de la bebida como cualquier hombre de pueblo. El cura caudillo y Facundo eran jugadores empedernidos, además de apóstatas y mujeriegos.⁵⁴ Juan Manuel de Rosas, rico estanciero, compartía con sus gauchos el gusto por el mate y el hecho de ser un hábil jinete, capaz de hacer piruetas para divertir a la peonada.⁵⁵

⁵² *Ibid.*, p. 197.

⁵³ Sarmiento, *Artículos críticos*, 2001, t. II, p.166.

⁵⁴ *Ibid.*, pp. 212, 215, 216, 221-222, 225, 229. Entre el 11 y el 17 de febrero de 1845 se escriben cinco artículos bajo el título “Apuntes biográficos” que narran, a la manera de un folletín por entregas, la vida ficcionalizada del caudillo mendocino Félix Aldao, quien fue clérigo, soldado del general San Martín y jefe de un ejército popular (la montonera). Esta es la primera biografía política de un caudillo popular que Sarmiento escribe y constituye un antecedente literario directo de *Facundo*. Muchos años después hará lo mismo con Ángel Vicente Peñalosa, “el Chacho” (1798-1862), quien será ejecutado durante el periodo en que Sarmiento fue gobernador de San Juan (1862-1864).

⁵⁵ Esta habilidad de Rosas para hacer piruetas a caballo es tematizada nuevamente en *Facundo*. Sarmiento, *Facundo-Aldao-El Chacho*, 2001, t. VII, pp. 86, 171. Ni Aldao ni Quiroga ni mucho menos Rosas tenían origen popular. Los dos primeros pertenecían a una pequeña burguesía provincial rela-

Aunque Sarmiento no se alegraría ante este hecho, no podría dejar de reconocer que existe un puente que vincula políticamente a estos líderes y al pueblo que dicen representar, que pasa por el amor a las mismas cosas. Este amor puede transformarse en devoción personal, como la que siente el séquito por el líder carismático. Esta forma de dominación legítima tiene un problema, el cual diagnosticará Max Weber⁵⁶ setenta y cinco años después de 1845. El carisma se resiste a la institucionalización porque depende de las características personales del caudillo y de su capacidad para generar constantemente ese sentimiento de amor en sus seguidores. A esta debilidad de la dominación carismática del caudillo se suma la volubilidad humana respecto de sus objetos de deseo. Hay además una dificultad política adicional: si el odio tiene efectos disruptivos sobre la estabilidad política, amar, que fácilmente puede devenir en odiar, exige la presencia permanente de lo que se ama. Y eso nunca sucede en una relación política atravesada por la representación en un sentido moderno. Según Hobbes,⁵⁷ el miedo comparte con la aversión (y el deseo) un rasgo que lo distingue del odio y del amor: no necesita de la presencia del objeto. Por ello, el miedo puede ser el fundamento de un orden político y opera como una pasión positiva que permite una salida racional del estado de guerra y anarquía. Pero ¿qué pasa cuando ese miedo se transforma en terror? Lo que los caudillos infunden, pero también sienten, según la caracterización sarmientina que presentamos a continuación, es una forma del miedo más cerca del terror o del pánico que paraliza.

Facundo aparece en un contexto muy específico de la producción de Sarmiento como periodista en Chile. Primero, *Facundo* es parte de una saga de biografías de caudillos argentinos en formato folletín.⁵⁸ Cabe recordar lo que Sarmiento había afirmado respecto del género biográfico en “De las biografías” en *El Mercurio* el 20 de marzo de 1842:

La biografía de un hombre que ha desempeñado un gran papel en una época y un país dados, es el resumen de la historia contemporánea, iluminada con los animados colores que reflejan las costumbres y los hábitos nacionales, las ideas dominantes, y las tendencias de la civilización, y la dirección especial que el genio de los grandes hombres puede imprimir a la sociedad [...] La biografía es

tivamente educada y acomodada económicamente durante la colonia, y el tercero era un riquísimo propietario de campos.

⁵⁶ Weber, *Economía y sociedad*, 2002, pp. 216-218.

⁵⁷ Hobbes, *Leviatán*, [1651] 1992, p. 105.

⁵⁸ El título del folletín es *La vida de Facundo Quiroga*. Se publica como libro a finales de julio de 1845 y recién en 1868 adopta el título que lo hizo más conocido: *Facundo: civilización y barbarie en las pampas argentinas*.

pues, el compendio de los hechos históricos más al alcance del pueblo y de una instrucción más directa y clara.⁵⁹

Para Sarmiento Aldao, Facundo y, sobre todo, Rosas, son grandes hombres, pero no a la manera de Benjamín Franklin, quien orientó a la sociedad estadounidense hacia la civilización, sino figuras representativas del atraso argentino. Sin embargo, sus ejemplos son útiles porque sirven para educar al pueblo con más claridad que un tratado sobre la sociabilidad política argentina. E incluso sus retratos, llenos de pasiones oscuras y bajos instintos, también revelan aquello aún noble que puede rescatarse en el pueblo argentino.

Segundo, antes de escribir las 28 entregas en las que relaciona la vida de Juan Facundo Quiroga con el estado político y social en que le tocó vivir, Sarmiento escribió cerca de 40 intervenciones periodísticas dedicadas específicamente al derrotero de la política argentina entre 1828 y 1845. En estos textos se asocia al miedo con otras pasiones como causas explicativas de por qué los caudillos, en general, y el sistema de Rosas, en particular, se imponen como forma de dominación política a pesar de su dudosa legitimidad en términos de lo que Sarmiento espera de un moderno gobierno representativo. Un ejemplo claro se observa en esta cita de “Cuestión del Plata” de 1842:⁶⁰

En tales circunstancias [se refiere a la asunción de Rosas como gobernador de la provincia de Buenos Aires en 1835 fortalecido en su poder] ¿qué hizo Rosas? ¿qué partido sacó de la coyuntura que se le presentaba para organizar el país? Siguió su obstinado plan de aterrar o envilecer, no con miras políticas, sino siguiendo meramente sus instintos brutales. [...] Mitad tigre, mitad mono, derramó sangre, y escupió en la cara de los hombres civilizados.⁶¹

El 11 de abril de 1845, tres semanas antes de empezar a contar la vida de Quiroga, Sarmiento publica en *El Progreso* un artículo titulado “Lo que es Rosas”. Allí les reclama al resto de las repúblicas latinoamericanas su pasividad respecto del “terror” rosista: “Nunca dejaremos de lamentar la indiferencia con que los pueblos americanos han visto realizarse las horribles consecuencias del sistema de Rosas, cruzando los brazos en medio mismo de la carnicería, y tributando respetos deshonorosos al jefe de una administración de salteadores

⁵⁹ Sarmiento, *Artículos críticos*, 2001, t. I, p. 129.

⁶⁰ Los días 7, 13, 20 y 28 de octubre de 1842 se publicó en *El Mercurio* una serie de cuatro artículos bajo el nombre de “Cuestión del plata”.

⁶¹ Sarmiento, *Política argentina*, t. VI, 2001, p. 54.

y verdugos, que no sólo destruía su país, sino el comercio con el extranjero y el espíritu de libertad también.”⁶²

En síntesis, *Facundo* forma parte de un proyecto literario y político de Sarmiento: escenificar el miedo producido por la *barbarie* de los caudillos, reconociendo, por un lado, su atractivo romántico, y denunciando, por el otro, su peligrosidad política.

La lectura de *Facundo* que se presenta a continuación no pone el énfasis en autores o doctrinas que puedan haber influido las concepciones políticas de Sarmiento.⁶³ Tampoco resulta significativa en nuestra interpretación la originalidad o no de la antinomia entre civilización y *barbarie*. Lo que nos interesa mostrar es cómo en esta biografía por entregas, que forma parte de la producción periodística del joven Sarmiento, aparece el terror.

Los capítulos de la primera parte del folletín “La vida de Quiroga” o los cuatro primeros del libro *Facundo, civilización o barbarie* describen el espacio físico en el que se desarrollan los hechos y los caracteres sociales representativos de esta geografía inmensa y desértica: el baqueano, el rastreador, el cantor y el gaucho malo.⁶⁴ Luego de esa introducción, el relato entra propiamente en tema y se narran la infancia y la juventud de Juan Facundo Quiroga. Lo primero que Sarmiento relata es el encuentro del héroe con el tigre cebado:

En efecto, sus amigos habían visto el rastro del tigre y corrían sin esperanza a salvarlo. El desparramo de la montura reveló el lugar de la escena y volar a él, desenrollar sus lazos, echarlos sobre el tigre, *empacado* y ciego de furor, fue obra de un segundo. La fiera, estirada a dos lazos, no pudo escapar a las puñaladas repetidas con que, en venganza de sangre y prolongada agonía, le traspasó el que iba a ser su víctima. “Entonces supe lo que era tener miedo”, decía el general don Juan Facundo Quiroga, contando a un grupo de oficiales este suceso.⁶⁵

En la descripción de este hecho aparecen los instintos en estado puro que corresponden indistintamente al animal y al hombre. El miedo que experimenta Facundo es el origen de la violencia con que ataca al tigre que pretendió transformarlo en su víctima. El hombre replica el empacamiento y

⁶² *Ibid.*, p. 104.

⁶³ Hemos abordado la cuestión en Rodríguez Rial, “Tocqueville en el fin”, 2018. En un trabajo reciente, De la Fuente cuestiona la pretensión del propio Sarmiento de que el análisis de la sociabilidad presentado en *Facundo* esté inspirado en sus lecturas de autores europeos. De la Fuente plantea que un diario unitario publicado en Córdoba entre 1830 y 1831, *La Aurora Nacional*, sería la fuente más directa de la tesis que Sarmiento desarrolla en su escrito más célebre: la geografía y las costumbres argentinas explican el dominio político de los caudillos y la anarquía. Fuente, “Civilización y barbarie”, 2016.

⁶⁴ Sarmiento, *Facundo-Aldao-El Chacho*, 2001, t. VII, pp. 27, 68-75.

⁶⁵ *Ibid.*, p.68.

el ciego fulgor del felino en su violento accionar. Con esta acción imitativa, el personaje humano se fusiona con el animal a quien derrota con sus propias armas, dando nacimiento a uno de los símiles más célebres de la literatura y la historia política argentinas.

Ahora bien, Facundo, cuando es tigre, infunde miedo, y hasta siente miedo cuando se encuentra con el animal del que termina tomando su epíteto, pero no aterroriza a nadie.⁶⁶ Esto sucede cuando se dirige a los hombres, especialmente a los decentes, que para Sarmiento son los unitarios o cuanto menos las elites provinciales civilizadas, por los que aquel experimentaba “mucho aversión”.⁶⁷ El origen de esta actitud era su odio a toda forma de autoridad, y un espíritu indomable que lo llevaba a pelear e insultar sin motivación aparente. Pero el terror que Facundo producía era diferente del sistemático de Rosas por su condición anfibia de “hombre-bestia”.⁶⁸ La animalidad intrínseca del caudillo riojano lo hace colérico y feroz a pesar de su inteligencia y de no haber nacido en condiciones sociales que justifiquen su resentimiento. La barbarie primitiva lo “salva” de ser humanamente cruel, porque la crueldad exige cálculo.⁶⁹ Quizá por ello, la mayor crueldad de Facundo se observa en el momento en que el amor humano se apodera de él. Y eso sucede cuando se enamora “perdida” y “salvajemente” de Severa Villafañe:

La historia de la Severa es un romance lastimero, es un cuento de hadas en que la más hermosa princesa de sus tiempos anda errante y fugitiva [...], para escapar de las acechanzas de [...] algún sanguinario Barba Azul, [...]. La Severa resiste años enteros. Una vez escapa de ser envenenada por su Tigre [...], el mismo Quiroga despechado toma opio para quitarse la vida. [...] Otro [día] Quiroga la sorprende en el patio de su casa, la agarra de un brazo, la baña en sangre a bofetadas, la arroja por tierra y con el tacón de la bota le quiebra la cabeza.⁷⁰

En este breve cuento de hadas, inspirado en el relato de Charles Perrault, el ultraje a la joven hija de una noble familia de La Rioja, los Villafañe, impotente para defenderla, no se concreta del todo: Facundo la golpea brutalmente, pero no la viola. Su pureza se mantiene y resiste a la *barbarie*. Años después, como monja en un convento, al reencontrarse con el caudillo, se desmaya. Si bien Sarmiento establece un maniqueo contraste entre estos dos personajes, quienes replican la antinomia entre civilización y barbarie, algo inesperado su-

⁶⁶ Facundo Quiroga era conocido como “el tigre de los llanos”.

⁶⁷ Sarmiento, *Facundo-Aldao-El Chacho*, 2001, t. VII, pp. 73, 120.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 74.

⁶⁹ *Ibid.*, pp. 138-139.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 121.

cede. Frente a las negativas de la Severa, Facundo no reacciona como un tigre sino como un hombre, resultado arquetípico de la sociedad patriarcal a la que pertenecen el personaje y su autor. Facundo se violenta como nunca porque sufre. Y ese sufrimiento, tal y como lo presenta Sarmiento, lo humaniza, y permite incluso cierta empatía con él. Entonces, nuevamente, no es la *barbarie* el origen de la violencia más cruel, sino las relaciones de dominación que se dan entre seres humanos, y la tan mentada “civilización” sarmientina no alcanza para modificar esta situación, sino que las consolida.

Tras la estadía en la “civilizada” Buenos Aires, hasta una personalidad tan indomable como la de Facundo se modera. En ese contexto, el gobernador Manuel Vicente Maza le pide que medie en un conflicto entre los gobernadores de Tucumán y Salta. Sin embargo, cuando sale a la campaña, vuelve su brutalidad. Tal vez por ello, Facundo va al encuentro de su destino de guerrero, a pesar de las advertencias, y muere en Barranca Yaco en manos de otro gaucho malo de destino infeliz, Santos Pérez.⁷¹ Así termina la vida del caudillo, narrada en la última entrega en versión folletín, que se publica en *El Progreso* en julio de 1845. Los dos últimos capítulos, “Gobierno unitario” y “Presente y porvenir”, que tienen por protagonista a Rosas, fueron agregados posteriormente.

Sarmiento no adopta la misma posición político-enunciativa respecto de Facundo como productor de miedo y hasta, por momentos, fuente de terror y pánico, respecto a Rosas. Facundo puede ser violento en extremo, y hasta puede paralizar por sus acciones sin sentido. Pero el caudillo riojano es, por un lado, víctima de las circunstancias sociales que lo crearon y, por el otro, representa una *barbarie* que seduce, porque combina rasgos románticamente animales con otros dolorosamente humanos. Su “salvaje corazón”, como el del bruto Aldao, deja espacio para alguna virtud.⁷² Rosas, por el contrario, es de una frialdad tal que su humanidad y su animalidad se transforman en el engranaje de un sistema que se sirve de la violencia bárbara, pero sin ensangrentarse directamente. El rojo de la sangre que manchaba a los caudillos del interior y sus víctimas es reemplazado por el color colorado de las prendas que visten el restaurador y sus partidarios. La presencia plácida de Manuelita Rosas (1817-1898) en el cuadro de Prilidiano Pueyrredón puede ser leída, desde el prisma sarmientino, como una imagen más terrorífica que la de la Severa desangrada por la bota del violento Facundo.⁷³ La hija-esposa es emblema de

⁷¹ *Ibid.*, pp. 159-162.

⁷² *Ibid.*, p. 232.

⁷³ La única hija del matrimonio entre Juan Manuel de Rosas y Encarnación Ezcurra cumplió un papel central en la legitimación del gobierno de su padre, especialmente a partir de la muerte de la madre. Además de actuar como “primera dama” de hecho en la provincia de Buenos Aires, Manuelita era presentada como una figura capaz de mediar a favor de quienes necesitaban del perdón del gobernador.



Imagen 1. “Retrato de Manuelita Rosas”, de Prilidiano Pueyrredón, 1851. Museo Nacional de Bellas Artes, Argentina.

la propaganda de un régimen político, cuya violencia está tan racionalizada e interiorizada por quienes la perpetran y quienes la reciben, que aunque se pinte de color sangre, no se ve.

IV. AMORES DESENCONTRADOS Y ODIOS CONTRADICTORIOS: ¿PUEDE EL MIEDO CONSTRUIR UN VÍNCULO POLÍTICO?

Pues viendo que las voluntades de la mayoría de los hombres son gobernadas sólo por el miedo y que donde no existe poder coercitivo no existe temor, la voluntad de la mayoría de los hombres seguirá sus pasiones de codicia, sensualidad, cólera y similares, hasta el punto de romper esos convenios.

Hobbes, *Elementos de derecho*, 1979, p. 258.

Para responder el interrogante planteado en la introducción acerca de si el miedo puede mediar entre el amor y el odio en la construcción de un vínculo político representativo, vamos a retomar cuatro ejes argumentales abordados en las distintas secciones del capítulo. A partir de estos ejes se puede comparar la representación del amor, el odio y el miedo en la prosa periodística del joven Sarmiento con la doctrina de las pasiones de Thomas Hobbes.

Primero, el elemento subjetivo del lenguaje de las pasiones que Hobbes destaca está muy presente en la escritura sarmientina. Por un lado, en el *corpus* relevado de las intervenciones periodísticas de Domingo Faustino Sarmiento entre 1840-1845 se observa la presencia de marcas del momento de la enun-

El cuadro de Prilidiano Pueyrredón (1823-1870) es un retrato realizado en 1851, en el cual se observa a Manuela Rosas con un vestido de gala color colorado brillante que contrasta con su piel muy blanca. Salvo la piel de la mujer, un florero y dos flores, todo el entorno es colorado: el resto de las flores, el terciopelo de un cortinado, e incluso la nariz de la dama está un poco enrojecida, como si estuviera resfriada. Llama la atención que no se muestra a la hija del gobernador como particularmente bella o agraciada, quizá porque la belleza del régimen rosista era su tía Agustina Rosas. Incluso Manuelita aparece un poco avejentada para su edad: tenía poco más de 30 años y parece mayor que su padre, tal como era representado en los retratos de su etapa de gobernador. Por ejemplo, en un retrato de Raymond Monvoisin de 1842, Juan Manuel de Rosas tenía más de 40 años y luce más juvenil que su hija a los 34. Lo que más distingue al cuadro de Manuelita es la potencia de la coloración del vestido. Esta obra representativa de la pintura naturalista argentina de la década de 1850 del siglo XIX se encuentra en el Museo Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires. También forma parte del acervo de este museo el retrato de Monvoisin. Agradecemos a Mariano D'Andrea, director de Gestión Administrativa y Jurídica del Museo Nacional de Bellas Artes (Ministerio de Cultura, Presidencia de la Nación, República Argentina), y a Dora Brucas del Área Documentación y Registro Museo Nacional de Bellas Artes por habernos facilitado la imagen que reproducimos en este capítulo y por su amable asesoramiento.

ciación en el enunciado a través de los pronombres personales. Por el otro, es notable la presencia de indicadores temporales y el uso de adjetivos evaluativos que hacen que una pasión sea buena o mala según la percepción del enunciador. Sarmiento era muy consciente del efecto de la palabra política y no pretendía eludir su carácter polémico, sino exacerbarlo. Así pues, hay amores ambivalentes, odios justificados o injustificados, miedos salvajes o útiles, y terrores bárbaros o sistemáticos. Por consiguiente, la valoración positiva o negativa de una pasión no depende de rasgos intrínsecos de la misma, sino, como afirma Hobbes, de la percepción de quien la siente, y en el caso de Sarmiento, de quien escribe sobre ella.

Segundo, el campo semántico o lexical del amor y del odio tal y como se presentan en la escritura de Sarmiento no difieren de la caracterización hobbesiana: hay una relación dialéctica entre ambos, y se aman y se odian objetos/sujetos que están presentes físicamente o en el recuerdo. Un claro ejemplo de esta dialéctica entre la aversión y el deseo se ve en la escena del encuentro-desencuentro entre Facundo y Severa Villafañe. Es interesante observar que, para Sarmiento, la crueldad de Facundo, que en otros casos es gratuita y animal porque es una “bestia”, en esta situación nace del desamor. Y por eso, cuando Facundo es más cruel que nunca es porque es humano. Hobbes, quien define a la crueldad como desprecio por la desgracia ajena, podría compartir esta afirmación.⁷⁴ Cuando el joven periodista Sarmiento es cruel con los demás, se justifica en el desdén o desprecio del que ha sido objeto por los lectores o los intelectuales y publicistas chilenos. Para Hobbes, es cruel quien es vanidoso y se encuentra tan confiado en su propia fortuna que es incapaz de sentir compasión por los demás.⁷⁵ Aunque no lo exprese en los mismos términos, para Sarmiento este es el tipo de crueldad que caracteriza a las elites políticas y sociales chilenas. Por ello, le resultan más odiosas que los pueblos, al menos en este sentido.

El miedo, la aversión de un daño futuro, tiene una temporalidad diferente: apunta al futuro como horizonte de expectativas. En este aspecto coinciden Hobbes y Sarmiento. Pero hay un punto en el que se separan: para Hobbes el terror pánico es prepolítico y casi apolítico, porque está vinculado con fuerzas naturales o sobrenaturales sobre las que los seres humanos no tienen control. Si bien es cierto que el temor reverencial inspiró su teología política de la soberanía, no hay un abordaje específico de Hobbes de los usos políticos del terror en una comunidad secularizada. Por el contrario, para Sarmiento, el terror sistemático que caracteriza a la dominación rosista es político y, por consiguiente, no puede ser abordado de la misma manera que el terror bárbaro de

⁷⁴ Hobbes, *Leviatán*, [1651] 1992, p. 47.

⁷⁵ *Ibid.*

Facundo, aunque le resulte casi igualmente odioso. Facundo puede ser objeto de estetización literaria, Rosas no.

Tercero, las pasiones implican relaciones entre sujetos sintientes y objetos o sujetos que operan como causa externa de la emoción. El materialismo hobbesiano le permite interpretar a las pasiones como efectos del movimiento de cuerpos físicos, pero también de cuerpos políticos. Sarmiento da cuenta de la dimensión corporal de la emotividad describiendo no solamente lo que las pasiones producen en las sociedades o sus líderes políticos, sino también los efectos de las emociones en su propio cuerpo. Pero, a diferencia de Hobbes, Sarmiento es más ambivalente respecto de la relación entre las pasiones y la razón: aunque no las juzga como necesariamente irracionales y su prédica política se sirve de ellas; cuando lo afectan, sobre todo por el modo en que los demás reaccionan a sus provocaciones, invita a la moderación. Sarmiento destaca mucho más que Hobbes los orígenes y los efectos diferentes del miedo según la clase o grupo social que lo recibe o experimenta.⁷⁶ En general, las mayorías o multitudes provocan pánico en la “gente bien”. Un ejemplo de este sentimiento se observa cuando Sarmiento escapa de las masas que circulaban por la Alameda un feriado y se choca con un féretro. Pero las multitudes también sienten terror-pánico cuando huyen en estampida de una situación que las asusta. Las masas populares aman a sus caudillos porque comparten la pasión por las mismas cosas, y los obedecen porque les temen. Las elites, por su parte, odian y desdennan a los sectores populares. Sarmiento, quien a pesar de su posición marginal es parte de la elite intelectual, siente similar fascinación y terror por el pueblo y sus líderes populares, aunque, por momentos, llegue a odiarlos por ser la causa de la *barbarie* argentina. En síntesis, como plantean tanto Delumeau como Boucheron y Robin, hay miedos de arriba y miedos de abajo.⁷⁷ Y en este caso, aunque esto último no implique objetividad, Sarmiento, como narrador de las emociones políticas de los demás, queda en una incómoda posición intermedia. No pertenece a ninguno de los grupos que no se comportan como él quisiera que lo hiciesen. Ni los pueblos, ni las elites, ni muchos menos los salvajes caudillos pueden ser el fundamento de la ciudadanía que necesita la república por venir a la que Sarmiento aspira como proyecto político. Por

⁷⁶ La lectura de Hilb y Sirczuk que referimos en el apartado 1 apunta a la distinción entre clases de hombres hobbesianos según la pasión que los domina. Según esta concepción, el vulgo se deja dominar por el miedo, las elites, por su vanidad. Sin embargo, en el momento de formar la sociedad política, Hobbes no distingue entre los temores de abajo y de arriba: es el miedo común a la muerte violenta que lleva a abandonar el estado de naturaleza. Ahora bien, una vez constituida la comunidad política, los súbditos, los de abajo, tienen miedo del soberano; este último, aunque esté arriba de todos, teme a los conflictos internos y externos que pueden erosionar su poder. Véase Hilb y Sirczuk, *Gloria, miedo*, 2007.

⁷⁷ Delumeau, *El miedo en occidente*, 1978, y Boucheron y Robin, *El miedo. Historia*, 2016, p. 39.

eso, su representación del miedo de los diferentes actores sociales resulta tan interesante para comprender los efectos políticos de esta emoción.

Cuarto, las pasiones, sean naturalmente políticas o politizables, tienen ellas mismas efectos políticos. Estos efectos se reflejan no solamente en el modo en que las pasiones son utilizadas para persuadir o conminar a otros a conducirse de un modo determinado, sino también en la legitimidad de los regímenes políticos. Maquiavelo sostenía que toda forma de dominación política y, en particular, cuando se trata de un liderazgo personal, necesita del miedo.⁷⁸ Por eso, aconsejaba a los príncipes a que desconfíen del amor y se apoyen en el temor. Sin embargo, no puede haber ningún tipo de vínculo político fundado en el odio: no importa si no se es amado, es mejor ser temido, pero no odiado.⁷⁹ Ahora bien, las elites que describe Sarmiento, por las que siente aún más desdén que por los pueblos, a pesar de la opinión corriente al respecto,⁸⁰ desprecian y odian a los sectores populares que les devuelven una emoción recíproca. Estos parecen amar a los caudillos porque comparten un gusto por las mismas cosas y, por momentos, los temen, porque estos últimos saben infundir terror. Sin embargo, el amor no es un sentimiento políticamente estable y tiene los mismos efectos disruptivos que el odio, por lo cual no puede generar una relación política estable como aquella que sustenta al gobierno representativo moderno. A su vez, para Sarmiento, es casi seguro que los caudillos, o mejor dicho Rosas, quien es el más frío y taimado, no aman a los pueblos, sino que fingen ese sentimiento para engañarlos y tenerlos a su merced. Y como nadie les ofrece nada mejor, los sectores populares siguen fieles a quienes los hacen gozar de su *barbarie*. Entonces, el miedo puede ser emoción estabilizadora cuando regula entre el odio y el amor, pero se transforma en desorganizadora cuando adopta el carácter de terror anárquico. A su vez, el miedo puede, cuando hay un soberano legítimo, ser compatible con cierta autonomía y libertad de los individuos, pero estas últimas desaparecen ante el terror que paraliza, no sólo por su *barbarie*, sino a causa de su sistematicidad. De esta manera, en el contexto político en el que escribe Sarmiento, el gobierno representativo o

⁷⁸ Maquiavelo, *El príncipe*, 2012, p. 88.

⁷⁹ *Ibid.*, pp. 90-91.

⁸⁰ Es un lugar común en la ensayística argentina sobre Sarmiento, no sólo entre quienes lo critican, sino también entre quienes lo defienden, el resaltar su desprecio u odio respecto de los sectores populares. A lo largo de este capítulo, y tomando como referencia el *corpus* analizado, se puede matizar ese punto de vista. Sarmiento es más ambivalente respecto de los tipos sociales populares sudamericanos a los que les reconoce algunas virtudes (véase supra II mineros, fueguinos, etc.) que respecto de las clases socialmente privilegiadas a las que continuamente califica de frívolas, burdas, displicentes y poco interesadas en cumplir su función social de educar al pueblo soberano.

la república democrática liberal moderna es imposible por dos motivos.⁸¹ Primero, el odio recíproco entre el pueblo y las elites que “deberían” gobernarlos no permite que la ficción de la soberanía del pueblo opere con la misma efectividad que en otras comunidades políticas.⁸² Segundo, ni el amor (supuesto o real) que fluye entre los pueblos y sus líderes-caudillos ni el terror que estos generan para mantenerse en el poder son suficientes para institucionalizar la dominación política, porque ni el amor ni el terror son emociones políticas estables. No son las pasiones en sí las que impiden la “racionalización” de la política argentina de los tiempos de Sarmiento, sino los sujetos políticos que no quieren canalizarlas a través de instituciones que establezcan las relaciones sociales en un vínculo político representativo.

Según Hobbes el miedo comparte con la aversión (y el deseo) un rasgo que lo distingue del odio y del amor: no necesita de la presencia del objeto. Por este rasgo el miedo hobbesiano actúa como neutralizador de las pasiones mutuamente dependientes del odio y el amor como la vanagloria, la ambición, la glorificación, el afán de venganza o la crueldad. Por ello, el miedo puede ser el fundamento de legitimación de un orden político y opera como una pasión positiva que permite una salida racional del estado de guerra y anarquía.⁸³ Pero, ¿qué pasa cuando ese miedo se transforma en terror que no sólo paraliza, sino que también es tan cruel que inflama el odio tanto de quien lo aplica como de quien lo recibe? ¿Será por ello que ni siquiera el más sistemático de los caudillos, y el que más duró en el poder, Juan Manuel de Rosas pudo organizar un sistema político que lo trascendiera?

Pareciera que tanto en el sistema de Rosas como en el orden político que impondrá la elite de la que forma parte Sarmiento después de la caída del rosismo en 1852 no reinó el miedo, sino el odio y el terror. Tal vez el problema no sean los hombres que se comportan como animales y viven a merced de sus instintos naturales, como creyó Sarmiento y sigue creyendo el republicanismo contemporáneo, irrenunciablemente humanista. Por el contrario, lo que explica la violencia política de ayer y hoy es la pulsión por domesticar

⁸¹ Para Sarmiento, y en esto no se distingue del resto de la Generación de 1837, la democracia es el estado social igualitario propio de las sociedades modernas. Pero un estado social democrático no necesariamente implica una participación política amplia. La república democrática era entendida como un sinónimo de gobierno representativo. Sarmiento defendía el republicano cívico porque creía que los ciudadanos debían comprometerse con la política de su país. Este no era el punto de vista de otros miembros del mismo colectivo generacional como Juan Bautista Alberdi, quien era, por así decirlo, más liberal que republicano.

⁸² Para Morgan, la soberanía popular, es decir la idea de que los gobiernos se fundan en el consentimiento del pueblo, es una ficción igual que el derecho divino de los reyes. La ficción de la soberanía popular moderna sirve para justificar el gobierno de minorías sobre mayorías, que es lo que es, en última instancia, el gobierno representativo. Morgan, *La invención del pueblo*, 2006, pp. 39, 62.

⁸³ Hobbes, *Leviatán*, [1651] 1992, p. 105.

las pasiones, humanas por naturaleza, y temer tanto al miedo, que en dosis moderadas puede mediar entre el amor y el odio, hasta el punto de instaurar regímenes de terror.

FUENTES CONSULTADAS

Bibliografía

- Agüero, Alejandro, “Republicanismo, antigua constitución o gobernanza doméstica. El gobierno paternal durante la Santa Confederación Argentina (1830-1852)”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Débats, CNRS/EHESS/Université Paris, 1 y 10 de octubre, 2018, en <<https://doi.org/10.4000/nuevomundo.72795>>. [Consulta: 3 de abril de 2021.]
- Blits, Jan H., “Hobbesianfear”, *Political Theory*, núm. 17, vol. 3, 1989, Los Ángeles, pp. 417-431.
- Botana, Natalio, *La tradición republicana. Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1997 (2a. ed.).
- Boucheron, Patrick y Corey Robin, *El miedo. Historia y usos políticos de una emoción. Debate presentado por Renaud Poyre*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2016.
- Bunkley, Allison Williams, *The life of Sarmiento*, Nueva York, Greenwood Press, 1a. reimp. Greenwood, 1969 (ed. original en 1952).
- Chiaromonte, José Carlos, “Facultades extraordinarias y antigua constitución en los Estados rioplatenses del siglo XIX. Respuesta a Alejandro Agüero”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, diciembre, 2018, en <<https://doi.org/10.4000/nuevomundo.74801>>. [Consulta: 6 de abril de 2021.]
- Delumeau, Jean, *El miedo en Occidente*, Madrid, Taurus, 1978.
- Frost, Samantha, “El miedo y la ilusión de autonomía”, *Las Torres de Lucca*, Universidad Complutense de Madrid-Departamento de Filosofía y Sociedad, vol. 5, núm. 9, julio-diciembre, 2016, Madrid, pp. 175-200.
- Fuente, Ariel de la, “‘Civilización y barbarie’: fuentes para una nueva explicación del Facundo”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, núm. 44, primer semestre, 2016, Buenos Aires, pp. 135-179.
- Gantús, Fausta y Alicia Salmerón, “Introducción” en Fausta Gantús y Alicia Salmerón, *Prensa y elecciones. Formas de hacer política en México del siglo XIX*, México, Instituto Mora/INE, 2014, pp. 11-22.
- Ginzburg, Carlo, “Miedo, reverencia, terror. Releer a Hobbes hoy”, *Apuntes de Investigación del CECYP*, Universidad de Buenos Aires-CeDInCI, núm. 26, 2015, Buenos Aires, pp. 30-49.

- Gutiérrez, Juan María, “Noticias biográficas sobre Don Esteban Echeverría” en E. Echeverría, *Dogma Socialista* (ed. crítica y documentada), La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1940, vol. 2, pp. 3-68.
- Hilb, Claudia y Matías Sirezuk, *Gloria, miedo y vanidad. El rostro plural del hombre hobbesiano*, Buenos Aires, Prometeo, 2007.
- Hobbes, Thomas, “Malmesburiensis vita, scripto anno MDCLXXII” en *Operaphilosophica, quae Latinescripsit* (ed. W. Molesworth), Londres, Aalen Scientia, 1966.
- , *Leviatán o la material forma y poder de una república eclesiástica y civil*, México, FCE, 1992 (ed. original en inglés, 1651).
- , *De cive. El ciudadano*, Madrid, El Debate, 1993 (ed. original en latín, 1642).
- , *Elementos de derecho natural y político*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1979 (ed. original en inglés, 1650).
- Jaksic, Iván, “Sarmiento y la prensa chilena del siglo XIX”, *Historia*, núm. 26, vol. 1, 1991-1992, pp. 117-144.
- Katra, William H., *The Argentine Generation of 1837. Echeverría, Alberdi, Sarmiento, Mitre*, Cranbury, Associated University Presses, 1996.
- Manin, Bernard, *Los principios del gobierno representativo*, Madrid, Alianza, 1a. reimpr., 2006.
- Maquiavelo, Nicolás, *El príncipe*, trad. de Ivana Costa, Buenos Aires, Colihue, 2012 (ed. original en italiano, 1532).
- Morgan, Edmund, *La invención del pueblo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006 (ed. original en inglés, 1988).
- Posse, Aníbal, *Sarmiento. Constructor de la nueva Argentina y la vejez de Sarmiento*, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1976.
- Robin, Corey, *El miedo. Historia de una idea política*, México, FCE, 2009 (ed. original en inglés, 2004).
- Rodríguez Rial, Gabriela, “Tocqueville en el fin del mundo: geografías y pasiones del demos en el Facundo de Sarmiento” en Diego Fernández Peychaux y Domenico Scalzo (coords.), *Pueblos, derechos y Estados. Ensayos entre Europa y América latina*, Buenos Aires, UNPAZ, 2018, pp. 97-120.
- Sabato, Hilda, *Republics of the new world: The revolutionary political experiment in nineteenth-century Latin America*, New Jersey, Princeton University Press, 2018.
- Sarmiento, Domingo Faustino, *Artículos críticos y literarios (1841-1842). Obras completas*, San Justo-Florencio Varela, Universidad Nacional de La Matanza, 2001, t. I.
- , *Artículos críticos y literarios (1842-1853). Obras completas*, San Justo-Florencio Varela, Universidad Nacional de La Matanza, 2001, t. II.
- , *Instituciones sudamericanas. Obras completas*, San Justo-Florencio Varela, Universidad Nacional de la Matanza, 2001, t. IX.

- , *Facundo-Aldao-El Chacho. Obras completas*, San Justo-Florencio Varela, Universidad Nacional de la Matanza, 2001, t. VII.
- , *Política argentina (1841-1851). Obras completas*, San Justo-Florencio Varela, Universidad Nacional de la Matanza, 2001, t. VI.
- Ternavasio, Marcela, *Historia de la Argentina 1806-1852*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.
- Verdeboye, Paul, *Domingo Faustino Sarmiento. Éducateur et publiciste (entre 1839 et 1852)*, París, Institut des Hautes Études de l'Amérique Latine, 1963.
- Villavicencio, Susana, *Sarmiento y la nación cívica. Ciudadanía y filosofías de la nación en Argentina*, Buenos Aires, Eudeba, 2008.
- Weber, Max, *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, México, FCE, 4a. ed., 2a. reimp., 2002.
- Weinberg, Félix, *El salón literario de 1837*, Buenos Aires, Hachette, 2a. ed., 1977.